

CAPÍTULO V

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Con el propósito de contribuir al estudio de una variable poco atendida dentro del campo de la educación, y en particular de la educación no formal, este estudio indaga si las mujeres asistentes a la Plaza Comunitaria en Nativitas están viviendo un proceso de empoderamiento y analiza cuáles son las características de dicho proceso.

Elegir el escenario de estudio para esta investigación requirió acercarse a dos Plazas Comunitarias en el estado de Tlaxcala, la primera ubicada en el municipio de Tepetitla y la segunda en el municipio de Nativitas. La elección de la plaza se determinó considerando el fácil acceso a la comunidad, el apoyo del personal de la plaza, los horarios de las sesiones de asesoría y el rango de edad de las mujeres inscritas.

Una vez identificado el escenario de estudio se siguieron las etapas de familiarización con los procesos de las sesiones de asesoría y las mujeres asistentes, el registro de los datos, la selección de las participantes, la realización de las entrevistas, el análisis de la información y la presentación de los resultados.

Los resultados permiten concluir que, en general, las nueve mujeres entrevistadas están viviendo un incipiente proceso de empoderamiento en la dimensión personal, algunas presentan avances en la dimensión de las relaciones cercanas y, en la dimensión colectiva, los datos obtenidos durante el trabajo de campo no evidencian la existencia del empoderamiento en esta dimensión. Asimismo, se puede apreciar que este proceso, tal como se señala en la literatura, no ha sido lineal ni fácil para las mujeres quienes, entre avances y retrocesos, viven diversidad de situaciones que ahora guían la discusión y el establecimiento de las conclusiones.

Mujeres y Plaza Comunitaria

Haciendo un breve recuento de lo planteado en este estudio se tiene que históricamente la preocupación por abatir el analfabetismo en nuestro país se ha centrado en la disminución de los índices estadísticos (Benavides, 1990; Latapí, 1990) impulsando para ello actividades educativas heterogéneas y campañas masivas las cuales han llevado consigo el carácter de educación compensatoria, al diferenciarla como la educación ofrecida a la población excluida o expulsada del sistema formal.

Desde su creación como instancia coordinadora de las actividades educativas dirigidas a los adultos, el INEA ha implementado diversidad de modelos de alfabetización, de recuperación del rezago educativo y de educación de adultos, los cuales han sido objeto de estudios (Schmelkes & Kalman, 1996) que plantean serios cuestionamientos en torno de éstos. Actualmente, producto del convenio CONEVyT-INEA, a la larga lista de actividades implementadas para solucionar el fenómeno en cuestión, se suma el programa denominado Plazas Comunitarias.

A través de las Plazas Comunitarias instaladas en el país a partir de 2001, se pretende ampliar, particularmente en las zonas marginadas, las posibilidades de desarrollo de la población y el mejoramiento de su calidad de vida a través de un sistema integral apoyado en las TIC y en acciones educativas flexibles (CONEVt, 2002).

Con todo lo anterior y dado que las cifras del último Censo General de Población y Vivienda indican que en México por cada hombre analfabeta hay 1.6 mujeres en la misma condición, que el 61.4% es mayor de 45 años y que el 41.9% reside en localidades de menos de 2 500 habitantes (INEGI, 2004), se puede afirmar que la población objeto de este nuevo programa debería ser primordialmente las mujeres adultas que viven en localidades de menos de 2 500 habitantes.

En el caso particular de este estudio, la información proporcionada por el técnico-docente de la Plaza Comunitaria de Nativitas y los datos recabados durante el trabajo de

campo evidencian que las personas asistentes son fundamentalmente mujeres jóvenes y en menor número, mujeres adultas quienes se acercan a la plaza a través de invitaciones de personas conocidas, por hacer uso de alguno de los servicios que presta el DIF a la población, por iniciativa propia o por la labor de promoción del personal de la plaza.

¿Por qué las mujeres? Autores como Tinajero (1996) y Hernández y Martínez (2003) indican que tradicionalmente la educación de niñas y mujeres se ha visto limitada por factores relacionados con la toma de decisiones al interior de los grupos domésticos alegando razones que van desde la falta de documentos oficiales para matricularlas en la escuela, la precaria situación económica de la familia, hasta la preferencia por invertir en la educación de niños y hombres, considerados como los futuros proveedores del hogar.

Alegando tales razones que han limitado la educación de niñas y mujeres, el técnico-docente, la asesora con trece años de labor en el INEA y algunas de las mujeres entrevistadas, coinciden con lo anterior al señalar que efectivamente las mujeres adultas inscritas en la Plaza Comunitaria son quienes no tuvieron la oportunidad de acceder al sistema formal o lo abandonaron prematuramente. La información recopilada a través de la historia de vida de una de las mujeres de este grupo también permitió corroborar este hecho.

Más allá de este escenario, a las mujeres adultas se les conceptúa culturalmente como personas en franca decadencia de sus funciones psicológicas y físicas señalándolas lentas, pasivas, improductivas, dependientes, faltas de iniciativa y motivación y con menor capacidad de aprendizaje (UNESCO, 1999a; Berthely, 2002; Guajardo & Huneus, 2003). Sin embargo, otro de los resultados encontrados en este estudio muestra a un grupo de nueve mujeres quienes con un promedio de 68 años de edad, continúan desempeñado de forma exclusiva las actividades domésticas, generan ingresos propios con la venta de alimentos, la venta de animales o trabajando temporalmente en la maquila y, con todo ello, después de haberse inscrito en promedio dos años atrás, aún expresan deseos por aprender lo que no aprendieron cuando pequeñas.

Destaca que el sentimiento de gusto, el romper con la rutina diaria, la oportunidad de emplear cotidianamente lo aprendido y de convivir con otras mujeres, parecen estar impulsando su permanencia en la plaza aún cuando en ocasiones se vean afectadas por la sobrecarga de trabajo, la escasez de tiempo o las enfermedades. En este sentido se concuerda con lo señalado por la UNESCO (1999a) y Montes (2003) quienes indican que los adultos mayores y en particular, las mujeres adultas, no son menos activas o motivadas que la gente joven, pueden ser constantes en su aprendizaje y que esta participación implica para ellas romper con la dinámica del hogar, descubrir actividades que les producen satisfacción y, en general, revalorizar su vida.

Aún cuando la incursión en la Plaza Comunitaria de estas nueve mujeres represente diferencias significativas e importantes para sus vidas, en términos de movilidad, cambio en las actividades cotidianas, incremento de habilidades y capacidades y de las relaciones sociales que establecen entre sí y con el personal de la plaza, en el panorama completo no pasa inadvertido que la vida de la gran mayoría de las mujeres de las áreas rurales ha tenido cambios escasos.

¿Cómo explicar dicha escasez de cambios? Para comprender este fenómeno se precisa considerar que desde su nacimiento, las personas son socializadas de acuerdo con los roles o conductas sociales apropiadas para cada sexo, resultando *natural* concebir al hombre como el proveedor de la familia y a la mujer como la persona que tiene a su cargo el cuidado del hogar y los hijos (Towsend et al., 2002). Aunado a esta concepción se suma la falta de reconocimiento social del trabajo que realiza la mujer al interior del hogar al considerársele como una extensión de su *papel natural* (Martínez, 2000; Towsend, 2002; Peredo, 2004). Así, las diferencias biológicas entre mujeres y hombres proporcionan una justificación natural de las diferencias de orden social que influye en las actividades y los espacios asignados a cada uno.

Con tal explicación en mente, los datos recopilados durante el trabajo de campo y, en particular, el relato de vida de una de las mujeres entrevistadas dan cuenta de la reproducción y perpetuación presente hasta nuestros días, de la tradicional marginación de las mujeres de las áreas rurales que conlleva, entre otros factores, el sentimiento de aislamiento que trae consigo el confinamiento al hogar y el *ser para otros* que marca la identidad femenina. Empero, los mismos datos evidencian que por el hecho de estar inscritas en la Plaza Comunitaria, las nueve mujeres entrevistadas han comenzado a vivir procesos de crecimiento personal y familiar significativos.

Los datos presentados en este estudio sugieren que la combinación entre los deseos de las mujeres por aprender, su temprana experiencia con la educación formal y las características personales de cada una, ha sido uno de los motores que las llevó a acercarse a la plaza e inscribirse en ella. La experiencia con este grupo de nueve mujeres se puede tornar valiosa como testimonio para promover y lograr que otras mujeres se acerquen a la Plaza Comunitaria; no obstante, cabe preguntarse todavía ¿en qué medida la oferta educativa responde a las necesidades e intereses de la gran mayoría de las mujeres adultas de las áreas rurales?, ¿qué factores están detrás de la escasa captación de población analfabeta?

En el contexto de este estudio, Mujeres y Plaza Comunitaria parecen estarse combinando para generar un significado y sentimiento especiales, originado por la oportunidad antes negada de vivir la escuela, de romper y cambiar la dinámica cotidiana que caracteriza la vida de las mujeres de las áreas rurales y de sentirse capaces de lograr las actividades que se propongan. Mujeres y Plaza Comunitaria también representan potencialmente el vínculo a través del cual se pueden vivir procesos de empoderamiento.

Entre el *poder sobre* y el empoderamiento de las mujeres de la Plaza Comunitaria

El término empoderamiento se ha convertido en un vocablo ampliamente utilizado en diversas esferas sociales, políticas y económicas; sin embargo, el uso del mismo ha llevado a que su significado emancipador se pierda en los discursos e involucre una adquisición de poder simbólico en lugar de uno generador de cambios personales y colectivos significativos.

El tipo de poder al que hace referencia el empoderamiento sienta sus bases en el poder generativo, con el cual se busca crear condiciones de igualdad y equidad entre mujeres y hombres y no en aquel poder conceptuado, en su forma hegemónica, como la capacidad que tiene una persona o un grupo para imponer su voluntad a los demás. De allí que la adopción y preferencia por el término *empoderamiento* se dé por denotar un proceso de acrecentamiento de poder interno, personal, desencadenador de efectos reflexivos en la persona, en su entorno y en sus relaciones interpersonales (Gutiérrez, 2002).

El empoderamiento no se da como el resultado de una acción, no es algo que pueda ser otorgado de una persona a otra, no es un proceso neutral, no involucra el *poder sobre*. A menudo se trata de un proceso tanto individual como colectivo y no ofrece resultados predecibles ni fácilmente mensurables; pero, puede ayudar a sacar los conflictos a la superficie y contribuir a establecer cambios importantes (Batliwala, 1995; Rowlands, 1995; Oxaal & Baden, 1997; Rowlands, 1997b; Sen, 1997; Kabeer, 1999; Malhotra, Schuler & Boender, 2002; Townsend et al., 2002).

En suma, el empoderamiento es diferente para cada persona o grupo porque cada una/o tiene su propia historia y experiencia única que varía de acuerdo con la subordinación experimentada en las diferentes esferas de la vida y, como lo señala Zapata (2002: 193), “la persona puede avanzar, retroceder, pararse en el camino, meditar, mirar hacia atrás, pensar, volver a caminar”. En este sentido, en varios de los testimonios presentados en el capítulo de resultados se evidenció que si bien hay rasgos o características que indican

empoderamiento de las mujeres entrevistadas, hay otros que parecen estar limitándolo, de forma más evidente en la dimensión de las relaciones cercanas.

Empoderamiento personal, ejemplo de *poder para y poder desde dentro*.

La adquisición de conocimientos a través de la Plaza Comunitaria ha conferido a las mujeres la oportunidad para incrementar sus habilidades, expresar ideas y opiniones, participar en otros espacios, analizar y actuar. Asimismo, se hizo evidente que ante los sentimientos ambivalentes por imaginar un futuro y sentir que las cosas son posibles, sus deseos por concluir las actividades que emprenden logran desplazar esa ambivalencia y mostrar, al mismo tiempo, la sólida imagen y valoración de sí mismas, componentes importantes de la dimensión personal.

Como rasgos de empoderamiento destaca que si bien todos esos cambios e incrementos en las habilidades de las mujeres adquiridos a través de la Plaza Comunitaria son ejemplos de *poder para y poder desde dentro*, llama la atención el hecho de que sus testimonios hacen referencia explícita a las actividades que como madres, esposas o amas de casa les ocupa, evidenciando que aún cuando están creando, de manera incipiente, nuevas formas de ser y actuar a través de las cuales implementan cambios en su posición dentro del hogar y en la sociedad, hay aspectos que continúan afirmando la imagen tradicional que de ellas se tiene socialmente.

La incorporación y fuerte arraigo de las imágenes y estereotipos que marcan las condiciones de vida de las mujeres de las áreas rurales, entre los que se encuentra su rol reproductivo y la exclusividad en la responsabilidad de las actividades domésticas (Tinajero, 1996; Townsend, 2002; Hernández & Martínez, 2003; Martínez et al., 2003; Patel, 2003; Peredo, 2004), parecen confirmar la dinámica de la opresión interiorizada que llevan a la mujer a participar en la reproducción de los roles de género y en su propia opresión. Con todo, es relevante enfatizar que este grupo de nueve mujeres ha logrado romper con la

dinámica cotidiana, el sentimiento de aislamiento, olvidarse momentáneamente de los problemas, conocer a otras personas y vivir el gusto por aprender.

Sin ser objeto de este estudio, los resultados obtenidos contribuyen a recordar brevemente que en los programas de alfabetización tradicional los contenidos y procesos empleados se centran en la transmisión de las habilidades técnicas de lectura, escritura y cálculo, que para las mujeres rurales, contribuyen a reforzar el rol de género asignado y a generar cambios escasos en las relaciones sociales dentro o fuera del ámbito familiar (Dighe, 1995; Aksornkool, 2003), este caso no parece ser la excepción.

En términos de empoderamiento queda pendiente cuestionar ¿qué o quiénes está/n fomentando la hegemonía de género? ¿en qué medida los contenidos que se transmiten a través de los módulos del MEVyT, el personal de la Plaza Comunitaria o las propias mujeres quienes a lo largo de su vida han incorporado, vivido y transmitido parte de esta hegemonía, están participando en dicha transmisión?

En este punto es importante tener presente que una de las bases vitales hacia el empoderamiento de las mujeres y la consecuente transformación de las relaciones de poder a las cuales han estado sujetas la mayor parte de su vida, es el reconocimiento de que la subordinación de la mujer no es parte del orden natural de las cosas y que los roles y patrones de género, que perpetúan las diferencias y limitaciones para el desarrollo de las personas, son construidos socialmente y por tanto, pueden ser *reconstruidos*.

En el proceso de reconstrucción la presencia de las mujeres adultas, agentes principales de la socialización de las nuevas generaciones, se vuelve indispensable para fomentar un tipo de alfabetización empoderadora donde se abran espacios para examinar críticamente la realidad, compartir experiencias personales y emprender acciones para transformar las condiciones sociales que las marginan.

Empoderamiento colectivo, ausencia de *poder con* y *poder para*.

Los datos recopilados durante el trabajo de campo no muestran la existencia de empoderamiento en la dimensión colectiva. La información obtenida apunta al hecho de que si bien las mujeres se identifican como personas de la tercera edad, que desean aprender lo que no aprendieron cuando pequeñas, sus testimonios enfatizan la diferencia entre las formas de pensar y de actuar de cada una y el tiempo o nivel de estudios que han alcanzado en la Plaza Comunitaria. De igual forma se pudo constatar que aún cuando algunas de las mujeres participan en otros grupos relacionados con los ámbitos de la salud y la religión y otras lo hacen en los cursos de manualidades ofrecidos por el DIF municipal, esta participación ocurre principalmente por iniciativa propia.

Las probables explicaciones de la ausencia de *poder con*, definido como el poder co-activo a través del cual las personas se integran logrando trascender sus conflictos para realizar sus deseos y desarrollar sus capacidades para hacer y actuar juntas (Parker, 1924 citada en Kreisberg, 1992) y del *poder para*, encuentran soporte en la forma como son desarrolladas las sesiones de asesoría y el lugar de residencia de las mujeres de este grupo.

Si bien en teoría se destaca que en el proyecto educativo de Atención Presencial Integrada – al cual hace referencia este estudio- existen momentos de trabajo individual y otros de trabajo grupal (Galicia, 2005), las sesiones de asesoría observadas tuvieron un carácter primordialmente individual, dada la diversidad de los ejes de aprendizaje en los que se organizan los módulos del MEVyT y los niveles cursados por las mujeres asistentes.

La ocasional presencia de momentos de trabajo grupal, motivados principalmente por dudas o actividades que requieren la cooperación de alguna compañera o de la asesora del grupo, aunque logran su objetivo inmediato no trascienden hacia una identidad colectiva que les permita organizarse para analizar críticamente la realidad, identificar necesidades, gestionar con otras instituciones, obtener recursos o implementar cambios en otras esferas de su vida.

La combinación entre prácticas y concepciones parecen indicar que aún cuando institucionalmente en el discurso se enfatiza que el espacio físico de la Plaza Comunitaria no corresponde al de una escuela, las sesiones de asesoría no son clases y las/os asesoras/es no son maestras/os, en la realidad ocurre lo contrario al constatar que la mayoría de las mujeres conciben a la plaza como la escuela o el lugar a donde acuden para estudiar, hacer tareas o presentar exámenes limitando su interacción, la mayor parte de las veces, a temáticas que se aprenden en la plaza e inhibiendo con ello su proceso de empoderamiento en la dimensión colectiva.

El resultado anterior advierte que el tipo de alfabetización tradicional seguida en los programas de educación no formal para adultos continúa enfatizando la sola transmisión de las habilidades de lectura, escritura y cálculo; perpetuando la pasividad de las personas frente a las carencias y opresiones que viven y limitando la acción colectiva. Por tanto, si a través de la educación se pretende promover y desarrollar un ser humano capaz de adaptarse al mundo y adaptar el mundo a sus necesidades (López, 2000), asumir una visión más dinámica y abierta de la forma en como se concibe ésta y crear diálogos que guíen a una mejor comprensión de la realidad, se convierten en una premisa fundamental.

Fomentar el empoderamiento colectivo, tal como se expresa en la literatura, entre las mujeres asistentes a la Plaza Comunitaria, contribuiría a crear un espacio donde además de satisfacer los deseos de las mujeres por aprender, se estaría propiciando el apoyo mutuo, la solidaridad, la colaboración, la construcción de una agenda de grupo y la implementación de acciones conjuntas para enfrentar y mejorar la realidad social que las afecta (Rowlands, 1997b; Martínez, 2000; Pérez, 2001; Deere & León, 2002; Townsend et al., 2002).

Para lograr tal empoderamiento sería necesario no sólo asistir martes y jueves a la Plaza Comunitaria para aprender de los módulos que conforman el MEVyT sino también construir colectivamente tal aprendizaje desde los recursos intelectuales, emocionales y culturales con los que las mujeres llegan a la plaza con el propósito de crear un espacio

donde aprendan también a identificarse como un colectivo, a valorar el trabajo que desempeñan dentro y fuera del hogar, valorarse a sí mismas y a las demás.

Empoderamiento de las relaciones cercanas, una historia de *poder sobre*.

En la dimensión de las relaciones cercanas se advirtió que si bien las mujeres reconocen dedicarse principalmente al hogar, también expresan que desde antes de ingresar a la Plaza Comunitaria han contribuido económicamente a la manutención de los miembros de su familia. La aparente falta de reconocimiento de las mujeres hacia su trabajo remunerado considerado como un recurso de poder (Tarrés, 2001), puede responder a que la mayoría de ellas destina ese dinero principalmente para el hogar, para apoyar a sus hijas/os, para mantener a sus animales y casi nunca en ellas mismas.

Este resultado, probable reflejo inconsciente del deber ser y de la identidad de género femenina que impide a las mujeres pensar en sí mismas y anteponer el *ser para otros*, continúa reforzando también lo señalado por Triandis (1994), citado en Ojeda et al. (1996), quien refiere que el poder adjudicado en los procesos de toma de decisiones a mujeres y hombres se ve restringido, para las primeras, a cuestiones relacionadas con el hogar, la capacidad reproductiva y de crianza de los hijos, dejando en manos de los hombres las decisiones relacionadas con el estilo de vida de la familia.

Otra de las características de empoderamiento de las relaciones cercanas, hace referencia al apoyo familiar con el que cuentan algunas de las mujeres para asistir a la Plaza Comunitaria; empero, el proceso discontinuo y único de empoderamiento que vive cada mujer, nuevamente mostró la diversidad de situaciones en las que se pueden encontrar. Llama la atención que la diversidad aludida no está presente en lo que respecta a la distribución de las tareas domésticas, al ser ellas quienes continúan asumiendo la responsabilidad exclusiva de éstas.

Asimismo se distingue que como resultado de la opresión interiorizada de las normas hegemónicas de género, algunas de las mujeres conciben como natural e inmutable la superioridad masculina aún cuando reconocen la capacidad de la mujer; ¿cómo se explica esta aparente contradicción? Parte de la explicación puede encontrarse en la construcción social de género y en la forma como las mujeres de este grupo conciben el poder.

A través de la construcción social de género se ha propiciado la existencia de una jerarquía en la cual los atributos, roles y funciones masculinas adquieren un valor superior a las femeninas (Subirats, 1999; Mendoza, 2002; Antolín, 2003), jerarquía que para la mayor parte de las personas resulta inadvertida y no requiere de cuestionamientos por considerársele como parte del orden natural de las cosas. Así, la complicidad creada entre el saber y el *poder sobre* en la dimensión propuesta por Lukes (1989) contribuye a perpetuar las relaciones de poder entre mujeres y hombres, advirtiendo la posición subordinada de las primeras frente a los segundos.

En relación con la forma en que las mujeres conciben el poder se puede distinguir claramente la diferencia que hacen al referirse a ellas mismas y al ámbito familiar. Hablar de sí implica reconocer un tipo de poder generador, un poder *hacer* que les permite llevar a cabo las actividades que se proponen y lograr terminarlas. Por otro lado, hablar del ámbito familiar implica hacer referencia a un tipo de *poder sobre* el cual alude claramente a las imágenes y estereotipos de género donde se identifica la superioridad del hombre con respecto a la mujer. En este sentido, el poder aludido al ámbito familiar responde a las normas hegemónicas de género y a los roles que delimitan los espacios de inserción de la mujer, evidenciando la marginación de la que es objeto y la perpetuación de la superioridad del hombre con respecto al poder.

En este punto es oportuno enunciar algunas interrogantes pendientes al respecto ¿cuáles serían las implicaciones en la vida de las mujeres de las áreas rurales, si ellas cuestionaran el poder del hombre? ¿qué significaría para su vida reconocerse como mujeres

con poder? ¿qué factores impiden que esto suceda? Como se señaló anteriormente, la base vital para el empoderamiento de las mujeres comienza con el reconocimiento de que la opresión y subordinación de la que son objeto, tiene fundamentos sociales y no naturales; por tanto, insistir en abrir espacios para propiciar la reflexión crítica de la realidad que viven, rescatando los conocimientos y saberes adquiridos a lo largo de sus vidas, puede sentar bases para implementar cambios en las relaciones de poder entre los géneros. De otra forma, el tipo de alfabetización tradicional seguirá contribuyendo en la reproducción de las nociones de lo femenino y lo masculino, así como de las prerrogativas que acompañan el ser mujer u hombre.

Mujeres, Plaza Comunitaria y Empoderamiento

El análisis de la información presentada en este estudio lleva a resaltar algunos aspectos importantes. Las nueve mujeres entrevistadas presentan claras características o rasgos de empoderamiento lo cual sugiere que si bien a través de la Plaza Comunitaria se crean las condiciones que posibilitan el empoderamiento de las mujeres, es importante recordar que, como condición para generar el empoderamiento, tal como señala Rowlands (1997a), debe existir una dinámica similar de incremento entre las tres dimensiones y no solamente en una de ellas.

En el incipiente proceso de empoderamiento que las mujeres están viviendo, la combinación entre la experiencia de vida de cada una y los conocimientos, habilidades y actitudes adquiridas en la Plaza Comunitaria, al mismo tiempo que están contribuyendo a posibilitar el empoderamiento en la dimensión personal y, en menor medida, en la dimensión de las relaciones cercanas, reafirman en muchos aspectos los roles de género que las señalan como las principales responsables del cuidado y la educación de los hijos, el quehacer doméstico de la casa, la atención al esposo y otras tantas actividades que se consideran *propias de su sexo*.

En esta dicotomía del proceso de empoderamiento a través de la cual se observan los avances y retrocesos que viven las mujeres, resalta el hecho de que si bien existe una base de la cual se puede partir para continuar fomentándolo, la sola presencia de algunas características del proceso no es suficiente para desafiar las relaciones de poder que permean la vida de las mujeres de las áreas rurales.

Fomentar el empoderamiento de las mujeres a través de la Plaza Comunitaria no es hasta ahora un objetivo explícito y el tipo de alfabetización tradicional observada en la práctica tampoco se orienta en esa dirección, antes bien, parece solamente estar contribuyendo a la reproducción de los conocimientos seleccionados por el Estado, el cual en innumerables oportunidades ha expresado interés en proporcionar un tipo de educación que forme personas críticas y transformadoras capaces de elevar su calidad de vida.

Junto a ese interés expresado no se puede evitar preguntar ¿cómo? ¿cómo lograr este tipo de educación si no se considera la condición diferenciada de vida y de género de las personas? De manera particular en la educación no formal de adultos ¿cómo se logra esa educación si se concibe a la persona como carente de...?

Sin pretender exhaustividad al respecto, párrafos arriba se han establecido breves respuestas a tal pregunta alegando para ello la importancia de partir de la persona, abrir espacios a través de los cuales se propicie la reflexión crítica de la realidad, se rescaten conocimientos, saberes y experiencias de vida que puedan hacer las veces de sendas a través de las cuales implementar cambios y transformar las relaciones de poder entre mujeres y hombres y lograr sociedades más equitativas.

Con todo lo expresado, no se considera que la educación y el empoderamiento sean la panacea de los problemas sociales, políticos, económicos y culturales; no obstante, la combinación de ambos procesos puede contribuir al desarrollo de mujeres y hombres capaces de descubrir, incrementar y emplear todo su potencial personal que les permita adaptarse al cambio y elevar su calidad de vida.